

## LA AMANTE

José Amaral después de encender un cigarrillo, se repantigó en el amplio y mullido sofá. Lanzó una bocanada de humo con satisfacción, con aire placentero. Amaba aquel silencio que envolvía a la sala principal. Su esposa Constanza llevaba más de tres meses viviendo en casa de su madre. La suegra de José se encontraba ya postrada en cama, padecía una enfermedad invalidante, y su mujer, como única hija, se había trasladado a cuidar a la anciana y atenderla en sus necesidades.

José cogió de la mesa de centro, unas fotografías que le había hecho llegar su amigo Justo Palacios. Eran fotos de la navidad recién pasada. En ellas quedaban para la posteridad un recuerdo de aquella velada navideña en casa de los Palacios, donde los dos matrimonios compartieron esa especial noche e intercambiaron regalos. Una larga amistad los unía. José había conocido a Justo en un juicio laboral defendiendo los derechos del mismo cliente, y como ambos eran abogados, intercambiaron opiniones y estrategias para después ganar el juicio laboral. Y desde ese día sellaron una duradera amistad.

José observó detenidamente esas fotografías. El rostro deslavado de su esposa denotaba cansancio, ausente de aquella belleza que sus ojos habían conocido antaño, posaba sin que ningún tipo de sonrisa aflorara en sus labios. En cambio, Elena, la esposa de Justo, se veía radiante, de fina estampa, hermosa como siempre. Se contempló a sí mismo, ya no era el joven aquel, cuyas aventuras habían recorrido un amplio abanico de amores, con mujeres mundanas, callejeras, deschavetadas, simplonas. Pero, ahora, cincuentón, aunque no se consideraba un viejo, miraba la vida aún con optimismo, y al hacer un balance de sus pasiones, estaba consciente que sobrevivía en un matrimonio anodino, lejos de lo que había soñado, pero igual se sentía satisfecho de su vida.

Calmada sus pasiones juveniles, creyendo que había encontrado el amor auténtico en Constanza, se casó con ella. Al año ya estaba desilusionado del matrimonio. Se abocó, entonces,

## Seudónimo: Manu

---

de lleno a su trabajo, pero un día cualquiera llegó a su vida el verdadero amor. Sí, ahora tenía una amante, y estaba ella, ahora, al frente suyo, en la fotografía que sostenía entre sus manos: era Elena, la esposa de su amigo Justo Palacios.

Él miraba aquella fotografía con el corazón ardiente, un torrente de ternura y agradecimiento lo invadía al recordar esos besos de Elena que le quemaban los labios. José se sentía privilegiado por haber encontrado ese amor apasionado que creció con el tiempo. Ya eran cerca de veinticinco años en que se había unido a ella en un lazo de amor clandestino, años felices, y agradecía al destino que nunca Justo ni su esposa Constanza, sospecharan de la existencia de ese amor prohibido.

El sonido del timbre de la puerta, lo despertó de sus cavilaciones y recuerdos de esos innumerables encuentros furtivos con Elena.- ¿Quién será?-se preguntó. Miró su reloj y eran las once de la mañana, cuando los rayos del cálido sol del verano se filtraban por las cortinas.

2

Calmadamente, José se levantó y se dirigió a abrir la puerta y con sorpresa vio a Elena. Su corazón se agitó, él no esperaba esa visita. Sorprendido, le preguntó:

- ¿Qué pasa, mi amor?

Elena le respondió, compungida:

- Entremos. Necesito calmarme para contarte lo sucedido.

Ya en la sala principal, Elena se sentó en el mullido sofá y le pidió a José un vaso de agua.

Cuando José llegó con el vaso de agua, se sentó al frente, y con una voz suplicante, le inquirió:

- ¡Por favor!, mi vida. ¡Cuéntame qué pasó! No me asustes.

Elena tartamudeando, dejando el vaso vacío en la mesa de centro y con el rostro afligido, murmuró cabizbaja:

- Justo ya sabe lo nuestro. ¡Me echó de la casa!
- ¡Oh!, Dios mío. ¿Pero cómo se enteró tu marido?

- Creo que le llegó un anónimo, con unas fotografías nuestras. La verdad, mi amor, no tuve argumentos para negarlo. De hecho, lo reconocí. Le dije que te amaba, que éramos amantes desde hacía varios años. Entonces, él me insultó, me abofeteó y me echó de la casa. Estaba como un energúmeno. Solo alcancé a tomar mi cartera con todos mis documentos y vine enseguida a tu casa.

José Amaral, con el rostro contraído, quedó mudo, un silencio sepulcral lo acompañó por algunos instantes, mientras sus pensamientos volaban por dimensiones angustiosas, cercanas a un miedo que nunca había experimentado en su vida y enseguida se atrevió a preguntar:

- Elena, ¿qué vas a hacer ahora?
- No lo sé. Por eso, de inmediato, vine a tu lado. Nunca había visto a Justo tan violento y enojado, pero hay una cosa que me preocupa.
- ¿Qué cosa?-preguntó inmediatamente José.
- Tú ya lo sabes. Mi marido tiene un arma. Recuerda que la compró después de que nos robaran en nuestra casa y temo que la use para vengar la afrenta que le hizo su mejor amigo. ¡Estoy preocupada por ti!

Al escuchar esas palabras, José se estremeció y un escalofrío sacudió a todo su cuerpo.

- Tienes razón. No había pensado en ello. Aunque Justo es de un fuerte carácter, no lo considero un hombre violento. Pero, ahora al conocer que lo engañamos...puede tener una reacción impensada. ¡Mierda, qué hacemos!
- Como puedes darte cuenta-le dijo Elena- Ahora este es un problema de los dos.
- En estos momentos no sé qué decirte. Yo te puedo dar dinero para que vayas a un hotel, mientras decidimos qué hacer-le dijo José, mirándola con angustia.

Devolviéndole la mirada, con inquietud, Elena le preguntó:

- ¿Me amas?
- ¡Por supuesto!-respondió José- Tú lo sabes, te amo con locura.

- Yo también te amo-acotó la mujer-Eso simplifica todo. Tenemos que asegurarnos de no quedar a merced de la furia de Justo y evitar alguna tragedia. Pronto Constanza se va a enterar. ¡Y con lo escandalosa qué es! Mira, nuestro amor ya salió a la luz. Tú y yo debemos eludir juntos la tempestad que se nos viene. Afortunadamente, ninguno de los dos tuvimos hijos y eso hace más fácil la decisión que debemos tomar.
- ¿En qué piensas?
- Irnos hoy mismo a la capital. Vayámonos al aeropuerto, compramos pasajes en el primer vuelo. Llegamos a un hotel. Y después buscamos un departamento en arriendo y vivamos juntos el amor que nos profesamos. Total, ambos tenemos nuestros ahorros para vivir hasta que la muerte nos separe.
- No puedo hacer eso. Sería un cobarde ahora dejar sola a Constanza-replicó José, con voz amarga.
- Pero, José-dijo Elena con voz agitada-Tú mismo has dicho que eres un infeliz en tu matrimonio, que no pasa nada con tu mujer, que si no fuera por mi amor, tú no tendrías razón para vivir. ¡Me has mentido en todos estos años, entonces!
- ¡No, mi amor! No. Te amo con toda mi alma-le respondió- Te adoro. Pero me siento un cobarde huyendo. ¡Qué será de mi trabajo, de todos mis compromisos que tengo que cumplir!  
Elena se levantó del sillón, y con ojos llorosos, midiendo sus palabras, le dijo a José:
- Mira. Si realmente me amas, debes estar dispuesto a quemar todas tus naves para estar conmigo. Yo estoy dispuesta a irme contigo. No tengo otra solución. O me sigues o me dejas, y te juro que si no me acompañas, nunca más volverás a verme.

José, en su desesperación, con el alma en vilo, le rogó que se sentara de nuevo. Le suplicó que buscara otra solución, que él le pagaba la estadía en un hotel, mientras solucionaban sus problemas, que no le tenía miedo a que Justo lo matara, pero que le diera tiempo para tomar una decisión sensata.

Elena lo escuchó atentamente y luego de reflexionar unos instantes exclamó:

- No quiero permanecer un segundo más en esta ciudad donde vive mi marido y tu esposa. Siempre hemos pensado en divorciarnos de nuestros cónyuges, y después, vivir juntos. ¿No es así? Ahora llegó el momento y estoy dispuesta a irme contigo... a cualquier parte. Así que elige: ¡Te quedas con tu esposa, enfrentas a mi marido o te vas conmigo! ¡Hoy!

José en un tono angustiado le suplicó una y mil veces que él no podía irse con ella, mientras no resolviera los problemas de su trabajo, que se iría con ella después de explicarle cara a cara a Constanza que la dejaba y que era lo menos que podía hacer después de tantos años de matrimonio.

Elena lo escuchó con una mirada fría, luego, resignada le dijo:

- Creo que ya no hay nada más que hablar. Me iré sola al aeropuerto. Tengo el dinero suficiente para comprar un pasaje en el primer vuelo que encuentre. Creí que me amabas hasta las últimas consecuencias y creo que me equivoqué. ¡Me voy!

Intempestivamente, Elena se levantó enojada, pero con ese aire de distinción que la caracterizaba, y José la observó embelesado. Estaba más hermosa que nunca, esbelta, con su cutis brillante marfil, sus rasgados ojos grises, su pelo negro que le llegaba hasta el hombro, con esos labios carnosos que tanto deseaba y él sintió en el corazón un temblor doloroso.

- ¡Está bien!-gritó José- Me voy contigo hoy mismo. Te acompañaré a donde tú quieras, hasta el fin del mundo si fuere necesario. Te amo y no quiero perderte. Subiré al dormitorio para echar un poco de ropa a un bolso y los documentos necesarios para iniciar una nueva vida a tu lado. ¡Espérame unos minutos!

Y fue así que José levantándose del sofá, ya decidido, se enfrentó a los escalones y empezó a subir hacia el dormitorio del segundo piso. Y cuando llegaba al final de la escalera, escuchó la voz de Elena, quien radiante de alegría, con voz alzada, le dijo muy sonriente:

- ¡Tan tontito, mi amor! Hoy, es 28 de diciembre, el Día de los Santos Inocentes! Mi marido no tiene idea de lo nuestro. Todo sigue igual ¡Caíste en la broma que se me ocurrió! Baja a mi lado para darte un rico y largo beso.

José había girado su cuerpo y mirando a Elena, con su rostro pálido, solo alcanzó a decir:

-¡Cómo! ¿Era solo una broma?

El hombre colocándose ambas manos en su pecho se desplomó pesadamente, y Elena, lanzando un grito de espanto, lo vio rodar por las escaleras.

En ese Día de los Santos Inocentes, el infarto fulminante que causó la muerte súbita de José Amaral no fue ninguna broma.

\*\*\*\*\*